

Mónica sonríe porque antes de acostarse había mirado el correo y tenía uno muy romántico de un chico francés al que acababa de conocer. Eso era lo que necesitaba en su vida, un poco de romanticismo, porque del resto no le faltaba de nada. Trataba de recordar el color de sus ojos, de su pelo, la forma de su nariz, las orejas... Pero como mucho lograba recrear cambiantes caricaturas de diversos rostros tan desconocidos como los que se cruzaban diariamente en su camino. Recordaba que había permanecido toda la noche de pie en una esquina mientras que su novia coqueteaba sin cesar con el anfitrión. En el fondo le produjo lástima y acercó a él ofreciéndole un intercambio, en lugar de conversación, de lenguas, en plural, con e abierta al final. La broma había surtido efecto porque de inmediato se sonrojó. Luego comenzaron a hablar de temas absurdos como el Nepal, los koalas, o las jerarquías angélicas. A todo esto en francés, porque él no sabía ni una palabra de español. Parecía un chico tímido, aunque muy inteligente. Sonreía de nuevo pensando que aquello le excitaba, y que además hacía mucho tiempo que no se encontraba con ningún hombre así de interesante. La mayoría le parecían demasiado básicos. Manolos, les llamaba. Por cierto, Manu debía proceder de Manuel. Sin embargo no parecía alguien inclinado a los trabajos manuales, sino a las arduas labores intelectuales. En todo caso sus delicadas manos estaban hechas para acariciar, aunque también parecía saber hacerlo a la perfección con la mirada. Lo cierto es que estaba contenta a rabiar. Le parecía un milagro que alguien volviera a regar su corazón tras tantos años de sequía. Quizás pronto llegaran a germinar las semillas que dormían en él. De hecho notaba ya un extraño calor en su pecho. Le había respondido, precipitadamente, que podrían encontrarse en el museo del Prado a las doce. El problema era que como siguiera pensando en él, iba a llegar a la cita sin dormir. Cuánto tiempo hacía además que no visitaba aquel maravilloso museo. De repente recordó que su padre lo adoraba, y juntos pasaban allí las mañanas de los domingos haciéndose pasar por turistas y riéndose hasta saltárseles las lágrimas. Aunque su padre se consideraba ateo, ella no podía evitar mirar hacia el techo para tratar de comunicarse con él y expresarle su alegría. Entonces pensaba que aquella debería haber sido una noche mágica, ya que incluso a Marcial le había sucedido algo insólito. El pobre había tendido que abandonar la pensión al haber pasado la dueña a mejor vida y su hijo vendido el piso. Resulta que cuando se puso a buscar habitación, como el barrio estaba próximo a la Universidad, se había llenado de estudiantes ricos de provincias que se negaban a compartir morada con un simple camarero. ¡Qué nazi se está volviendo la gente!, piensa con lágrimas en los ojos. La verdad es que podría haberse mudado de barrio, pero era un cabezota. Decía que al menos allí conocía a mucha gente y se sentía parte de la sociedad. A ver si es cierto que le ha caído una mujer del cielo, se dice volviendo a sonreír y tratando en vano de dormir.